llos del lástico, y los pistones á granel en las faltriqueras del pantalón: todo seguro y á la mano, como ellos decían. Yo les sacaba de ventaja el revólver y un cañón en la escopeta.

—Nunca dispari los dos á un tiempu—me recomendó Chisco,—y guardi el segundu pa si convien repetir en mejor sitiu, sin quitar el arma de la cara.

Fuera por haberme echado la cuenta del perdido, ó porque hubiera realmente causa racional para ello, es lo cierto que llegué á tener gran confianza en la imperturbable serenidad de Chisco, y que no fuí el último en romper á andar hacia la peña cuando éste dió la orden en estas palabras solemnes, después de santiguarse:

—¡Á la mano de Dios!

Bajábamos los tres en ala y á buen andar, con los perros atados muy en corto, porque á medida que nos acercábamos al peñasco, costaba mucho trabajo contenerlos, y mucho mayor acallar sus latidos. Era plan acordado ya atacar á la fiera en su guarida, entrando por el lado izquierdo de la boca, y no convenía que los perros se nos anticiparan, por razones que se habían discutido también.

Cerca, muy cerca ya del peñasco, el *Canelo* arrastraba materialmente á Chisco, que tiraba de él con todas sus fuerzas en sentido contrario, y ni amordazándole con una mano podía hacerle callar. La perruca faldera latía y vociferaba también, á su modo, y zarandeaba el cordel que la sujetaba á la manaza de Pito; pero temblaba mucho... aunque no tanto como yo. Era indudable que la fiera estaba en su guarida. ¿Nos habría oído ya? ¿Saldría á recibirnos á la puerta?... Pero, á todo esto, ¿dónde estaba la puerta?

Al hacerme yo esta pregunta mentalmente, fué cuando Chisco se adelantó á Pito y á mí; y con encargo de que me colocara el último de los tres, comenzó á andar con mucha cautela y muy arrimado al peñasco, lo poco que nos faltaba de camino hasta la orilla de la quebrada. *Canelo* iba delante de él, loco de inquietud, olfateando en el suelo y en el aire, batiéndose los ijares con el rabo y con medio palmo de lengua fuera de la boca cuando no latía. Chorcos no estaba menos sobrexcitado que el sabueso, y seguía á Chisco pisándole casi los tarugos traseros de sus abarcas. *Canelo* desapareció pronto al otro lado de la peña, y Chisco, después de detenerse unos instantes á observar desde la esquina, hízonos señas de que podíamos seguirle, y desapareció también. Entonces, al avanzar nosotros, fué cuando pude yo darme la respuesta á la pregunta que me había hecho poco antes: ¿dónde estaba la boca de la caverna?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA U...
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

¡Dios eterno, qué cúmulo de barbaridades las de aquel día! Pues la boca estaba en un tajo de la peña, casi á pico, sobre el barranco. De modo que venía á ser la cueva como la buhardilla de una casa muy alta, ¡muy alta! á la cual buhardilla hubiera que entrar por la ventana, andando por la cornisa de la fachada correspondiente. Salvo que la cornisa de la peña tendría como cinco pies de anchura y un festón de jaramagos por afuera que velaba un poco la visión aterradora del abismo, la comparación es exactísima.

Por aquella cornisa, que corría hasta perderse en el carrascal del otro lado de la cueva, ví pasar á Chisco y á su perro, y á Pito Salces detrás de su perruca faldera, y cómo iban desapareciendo, uno á uno, en el antro tenebroso los hombres y los animales, después de muy leves precauciones del mozón de Robacío.

No ofrecía grandes dificultades á mi paso aquel camino cuya longitud no excedería de quince ó veinte varas; pero la consideración racionalísima de lo que íbamos á hacer después de recorrerle, sin otra retirada que el abismo en el caso muy posible de salir escapados de la cueva, si no quedábamos hechos jigote allá dentro, clavó mis pies en el suelo á los primeros pasos que dí sobre él. Ví todo lo brutalmente temerario que había en nuestra empresa

desatinada, y formé serio propósito de volverme atrás. Pero Chisco y Pito Salces se habían sumido ya en la caverna; y aunque temerarios y muy brutos los dos, no era honrado ni decente dejarlos sin su ayuda un hombre que acababa de prometerles ir tan allá como fuera otro.

Duraron muy pocos instantes estas vacilaciones mías; y cerrando los ojos de la inteligencia á todo razonamiento de sentido común, es decir, bajándome al nivel de aquellos dos bárbaros, avancé resuelto por la cornisa y llegué á la boca de la cueva, dentro de la cual latían desesperadamente los dos perros, y me hallé á Chisco y á su camarada disponiendo el plan de ataque. La cueva, como ya sabía yo por referencias de los dos mozos que la conocían muy bien, tenía dos senos: el primero, á la entrada, era espacioso y no muy alto de bóveda, con el suelo bastante más bajo que el umbral de la puerta, muy escabroso y en declive muy pronunciado hacia el muro del fondo, en el cual se veía la boca del otro seno ó gabinete de aquel salón de recibir. Olía allí á sótano y á musgo y á perrera... y á hombres escabechados. No tenía ya duda para Chisco que era «la señora,» es decir, la osa, *lo* que rezongaba en el fondo del antro invisible, respondiendo al latir desesperado de los perros; y la señora con su prole,

porque sin este cuidado amoroso, ya hubiera salido al estrado para hacernos los honores de la casa. En este convencimiento, se trató en breves palabras, casi por señas, porque no había instante que perder, de si sería más conveniente soltar la perruca que el sabueso; y acordado lo primero, el bárbaro de Pito, sin oir otras razones, se fué hasta la boca del antro en el cual metió la cabeza al mismo tiempo que á la perruca. Ésta había desaparecido, algo vacilante é indecisa, hacia la derecha; y no sé cuál fué primero, si el desaparecer la perruca allá dentro, ó el oirse dos chillidos angustiosos y un bramido tremebundo, ó el retroceder Pito cuatro pasos del boquerón, exclamando hacia nosotros (yo creo que con regocijo), pero con el arma preparada:

—¡Cristo Dios!... ¡Vos digo que aqueyus no son ojus: son dos brasales!

Comprendió Chisco al punto de qué se trataba; soltó el sabueso y me mandó á mí que me quedara donde estaba (es decir, como al primer tercio de la cueva, muy cerca del muro de la derecha), pero con el arma lista, aunque sin disparar antes que ellos dos, y avanzó él hasta colocarse en la misma línea de Chorcos, de manera que sus tiros se cruzaran en ángulo bastante abierto en el centro del boquerón del fondo.

Como toda la prudencia y la reflexión que podía esperarse de aquellos dos rudos montañeses había que buscarla en Chisco, yo no apartaba mis ojos de él, y no podía menos de admirarme al observar que ni en aquel trance de prueba se alteraba la perfecta regularidad de su continente: su mirada era firme, serena y fría, como de ordinario; su color el mismo de siempre, y no había un músculo ni una señal en todo su cuerpo que delatara en su corazón un latido más de los normales; al revés de Pito Salces, que no cabía en su ropa, no por miedo seguramente, sino por el deleite brutal que para él tenían aquellos lances.

Tomando yo por guía de mi anhelante curiosidad la mirada de Chisco, y sin dejar de oir los ladridos de *Canelo* apenas metido éste en la covacha, pronto le ví retroceder, pero dando cara al enemigo con las cuatro patas muy abiertas, la cabeza levantada y casi tocando el suelo con el vientre. Lo que le obligaba á caminar así no era difícil de adivinar: tras él venía la fiera gruñendo y rezongando; y al asomar al boquerón, no me impidió el frío nervioso que corrió por todo mi cuerpo, estimar la exactitud con que Pito había calificado el lucir de los ojos de aquel animalazo: realmente centelleaban entre los mechones lanudos de sus cuencas, como las ascuas en la obscuridad. La pre-

sencia nuestra le contuvo unos instantes en el umbral de la caverna; pero rehaciéndose en seguida, avanzó dos pasos, menospreciando las protestas de *Canelo*, y se incorporó sobre sus patas traseras, dando al mismo tiempo un berrido y alzando las manos hasta cerca del hocico, como si exclamara:

—¡Pero estos hombres que se atreven á tanto, son mucho más brutos que yo!

Al ver que se incorporaba la fiera, dijo á Pito Salces Chisco:

—Tú al oju; yo al corazón... ¿Estás? Pues... ¡á una!

Sonaron dos estampidos; batió la bestia el aire con los brazos que aún no había tenido tiempo de bajar; abrió la boca descomunal, lanzando otro bramido más tremendo que el primero; dió un par de vueltas sobre las patas, como cuando bailan en las plazas los esclavos de su especie, y cayó redonda en mitad de la cueva con la cabeza hacia mí. Corrí yo entonces á rematarla con otro tiro de mi escopeta; pero me detuvo Chisco, diciéndome mientras cargaba apresurado la suya, igual que hacía Pito por su parte:

—Guarde esas balas por lo que puede suceder de prontu. Pa lo que usté desea jacer, con el cachorriyu sobra.

No me halagaba mucho aquel papel de cachetero que se me concedía, y casi por caridad; pero con el deseo de poner algo de mi parte en aquella empresa feroz tan pronta y felizmente rematada, aceptéle de buen grado y hasta sentí muy grande complacencia en ver que con un balín de mi revólver encajado en el oído de la osa, la había producido yo las últimas convulsiones de la muerte. Y algo era algo, y otra vez sería más.

Pito silbaba y pataleaba de gusto en derredor de la fiera mientras cargaba su espingarda. Chisco no se daba todavía por satisfecho, á juzgar por lo receloso de sus aires.

¿Qué quedaba allí por hacer? Lo que hizo Chorcos en seguida con su irreflexión de siempre: llamar á *Canelo* y meterse con él en la cueva desalojada por la osa. ¡Puches! había que acabar igualmente con las crías... y saber lo que había sido de la perruca, que ni salía ni «agullaba...» Bueno estaba de entender el caso; pero había que verlo, ¡puches!

Por mucha prisa que se dió Chisco en seguir á su camarada para acompañarle, no habiendo podido contenerle con razonamientos, cuando llegó al boquerón ya volvía Pito con la perruca faldera abierta en canal en una mano, en la otra un osezno como un botijo, y la escopetona debajo del brazo. Dijo que quedaban otros dos como él, y se volvió á buscarlos, después de

arrojar el que traía contra un lastrón del suelo, y de entregar á Chisco lo que quedaba de la perruca para que viéramos, él y yo, si aquello tenía compostura por algún lado. ¡Puches, cómo le afligía aquella desgracia!

La caverna tenía muy poco fondo: se veía bastante en ella con la luz que recibía por la boca, y por eso se hacían muy fácilmente todas aquellas maniobras de Pito. El cual reapareció al instante con las otras dos crías de la osa, asegurando que no quedaban más que huesos mondos en la cama.

Por el aire andaban aún los dos oseznos arrojados por Pito desde la embocadura de la covacha, cuando *Canelo* salió disparado como una flecha y latiendo hacia la entrada de la cueva grande. Yo que estaba muy cerca de ella, miré á Chisco y leí en sus ojos algo como la confirmación de un recelo que él hubiera tenido. Observar esto y amenguarse la luz de la cueva como si hubieran corrido una cortina delante de su boca, por el lado del carrascal, fué todo uno.

—¡El machu!—exclamó Chisco entonces.

Pero yo, que estaba más cerca que él de la fiera y mereciendo los honores de su mirada rencorosa como si á mí solo quisiera pedir cuentas de los horrores cometidos allí con su familia, sin hacer caso de consejos ni de mandatos,

apunté por encima de *Canelo* que defendía valerosamente la entrada, y, á riesgo de matarle, disparé un cañón de mi escopeta. La herida, que fué en el pecho, lejos de contenerle, le enfureció más; y dando un espantoso rugido, arrancó hacia mí atropellando á *Canelo*, que en vano había hecho presa en una de sus orejas. Faltándome terreno en que desenvolver el recurso de la escopeta, dí dos saltos atrás empuñando el cuchillo; pero ciego ya de pavor y perdida completamente la serenidad. Desde el fondo de la cueva salió otro tiro entonces: el de la espingarda de Pito. Hirió también al oso, pero sólo le detuvo un momento: lo bastante para que el mozón de Robacío le hundiera la hoja de su cuchillo por debajo del brazo izquierdo, hasta la empuñadura. Fué el golpe de gracia, porque con él se desplomó la fiera patas arriba, yendo á caer su cabeza sobre el pescuezo de la osa, donde le arranqué, con otro tiro de mi revólver, el último aliento de vida que le quedaba.

Á pesar de ello, los dos mozones volvían á cargar sus escopetas. ¿Para qué, Señor? ¿Era posible que quedaran en toda la cordillera ni en todo el mundo sublunar, más osos que los que allí yacían á nuestros pies, entre chicos y grandes, vivos y muertos? Después nos miramos los tres cazadores, como si tácitamente hubiéramos convenido en que era imposible co-

meter mayores barbaridades que las que acabábamos de cometer, y que solamente por un milagro de Dios habíamos quedado vivos para contarlas. Esta escena muda, que fué brevísima, acabó por echar Pito el sombrero al aire, es decir, por estrellarle contra la bóveda erizada de puntas calcáreas; Chisco hizo lo propio, y yo no quise ser menos que los dos. Luégo nos dimos las manos, y juro á Dios que al estrechar la de Chisco entre las mías, latió mi corazón á impulsos del más vivo agradecimiento. ¿Qué hubiera sido de mí sin su empuje sereno y valeroso?

Canelo, á todo esto, cuando no se lamía los arañazos, poco profundos, que le rayaban la piel en muchas partes, jadeaba y gruñía, con el hocico descansando sobre sus brazos juntos y tendidos hacia adelante, pero con los ojos clavados en los oseznos que rebullían entre las asperezas del suelo y charcos de sangre, como gusanos muy gordos. No contaban, por las trazas, más de una semana de nacidos. Cogiólos uno á uno Chisco por el pellejo del cerviguillo, y los fué arrojando á la barranca por encima de la cornisa desde el fondo de la cueva. Iba á hacer lo mismo con la perruca, después de asegurar á Pito que «aqueyu» no tenía costura ni remiendo posible, porque había quedado «vacía por aentru,» como á la vista estaba;

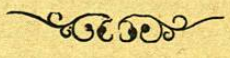
pero Pito quiso dar mejor destino que el de los oseznos al cadáver del pobre animalejo, tan inicuamente sacrificado, y propuso que le enterráramos en la sierra; y á ello asentimos de buena gana Chisco y yo. ¡Puches, cómo amargaba á Pito aquella pesadumbre el placer de la victoria!

Y como nada quedaba que hacer allí por entonces para nosotros, salimos de la caverna y aspiré, con ansias de cautivo de mazmorra, el aire libre de las tierras soleadas. Sepultamos la perruca en un hoyo abierto á punta de cuchillo á la sombra de un matojo de la sierra; y, sin movernos de allí, apuramos más de la mitad del contenido de mi frasquete. Después se sacaron algunas provisiones de boca que llevaba Chisco por encargo mío en un morral; dimos á *Canelo* una buena parte de ellas, y el resto nos le fuimos comiendo, andando á buen andar, á fin de llegar á Tablanca al mediodía, conforme se lo tenía yo ofrecido á mi tío Celso.

Y llegamos, antes aún de lo esperado; y todas las gentes que nos encontraban al acercarnos al pueblo, presumían, por el aire que llevábamos, que habíamos hecho alguna muy gorda; pero cuando les contábamos la verdad, no la creían. ¡Tan bestialmente gorda la consideraban, con muchísima razón!

Se la referí á mi tío, aunque ocultándole detalles que pudieran impresionarle demasiado;

pero como al fin era montuno el buen señor, perdonóme la temeridad por lo grande del suceso, y tuve al último que contársela con todos sus pormenores. Se entusiasmó de verdad. Puestas ya las cosas tan arriba, invité, con su permiso, á Pito Salces á que comiera aquel día con su camarada. Vió el mozón, como yo lo esperaba, el cielo abierto, porque comer con Chisco era comer con Tona. ¡Puches, qué doble panzada se dió! Yo, que asistí al final de la comida, añadí con gustosa aquiescencia de mi tío, al surplús con que ya se había obsequiado á los comensales, en honor del nuevo, una botella del más rancio *tostadillo* lebaniego que se guardaba en la bodega de la casona. Brindé con los dos mozones, y canté alabanzas hiperbólicas á la bravura de Pito, para que Tona las oyera bien; con lo cual y el tostadillo se puso el alabado que ardía; y allí mismo pidió por mujer á la hija de Facia, que no hacía más que llorar; así fué que Tona, colorada como un pimiento por lo uno y angustiada por lo otro, llamó á Pito «jastialón desvergonzau;» y no alcanzó mejor respuesta la fogosa demanda del rendido pretendiente. Pero como él decía después: «lo importanti pa el casu no era lo que eya pudiera contestame, sino lo que había de cantala, y al cabo la canté yo; y esu, ¡puches! ayá lo tien.»

Como en la tertulia no se habló aquella noche de otra cosa que del lance de la cueva, al salir al día siguiente, antes que el sol, Pito Salces y Chisco con dos carros en busca de los dos osos muertos, sin necesidad de invitaciones los acompañaba medio escuadrón de gente moza; con cuyo auxilio pronto se vencieron las muchas dificultades que hubo para sacarlos de la cueva. Andando de vuelta, fueron los acompañantes adornando las carretas y los bueyes con ramajos de la montaña, y así desfiló la alegre comparsa por delante de la casona para que viera mi tío los gloriosos trofeos de nuestra bestial hazaña; y así bajó al pueblo, donde hubo cánticos y bailoteo por largo, con la *salsa* á mis expensas por especial encargo mío. Obsequiáronme al otro día con las pieles, y regalé yo á Chisco y á Pito Salces sendos centenes isabelinos, con lo que pensaron enloquecer de alegría.

Así acabó aquella memorable y descomunal aventura, que debió haber acabado conmigo tan pronto como la acometí.